

Mas ¿nació por ventura con este fruto su nombre, ó era ya, y vivía en el seno de su Padre. primero que la rueda de los siglos comenzase á moverse? Dice:

El nombre, que primero
Que el sol manase luz resplandecía:
En quien hasta el postrero
Mortal será bendito: á quien de día,
De noche celebrando
Las gentes darán loa, y bienandanza;
Y dirán alabando:
Señor Dios de Israel, qué lengua alcanza
A tu debida gloria?

Salido he de mi camino, llevado de la golosina del verso: mas volvamos á él. Y habiendo dicho esto Marcelo, y tomando un poco de aliento, quería pasar adelante; mas Juliano, deteniéndole, dijo:—Antes que digais más, me decid, Marcelo, este común amigo nuestro que nombrastes, cuyos son estos versos, quién es? porque aunque yo no soy muy poeta, háme parecido muy bien: y debe hacerlo, ser el sujeto cual es, en quien sólo á mi juicio se emplea la poesía como debe.—Gran verdad, Juliano, es, respondió al punto Marcelo, lo que decís. Porque este es solo digno sujeto de la poesía; y los que la sacan de él, y forzándola la emplean, ó por mejor decir, la pierden en argumentos de liviandad, habían de ser castigados, como públicos corrompedores de dos cosas santísimas, de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo, de donde ella procede. Porque poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino. Y así en los Profetas casi todos, así los que fueron movidos verdaderamente por Dios, como los que incitados por otras causas sobrehumanas hablaron, el mismo espíritu que los despertaba, y levantaba á ver lo que los otros hombres no veían, les ordenaba, y componía, y como metrificaba en la boca las palabras con número y consonancia debida, para que hablasen por más subida manera que las otras gentes hablaban: y para

que el estilo del decir se asemejase al sentir, y las palabras y las cosas fuesen conformes.

Así que corrompen esta santidad, y corrompen también, lo que es mayor mal, las santas costumbres. Porque los vicios y las torpezas disimuladas, y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recibense en los oídos con mejor gana, y de ellos pasan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánzase en él poderosísimamente, y hechas señoras de él, y desterrando de allí todo buen sentido y respeto, corrompenlo, y muchas veces sin que el mismo que es corrompido lo sienta. Y es, iba á decir donaire, y no es donaire, sino vituperable inconsideración, que las madres celosas del bien de sus hijas, les vedan las pláticas de algunas otras mujeres, y no les vedan los versos y los cantarcillos de argumentos livianos, los cuales hablan con ellas á todas horas: y sin recatarse de ellos, antes aprendiéndolos y cantándolos, las atraen á sí, y las persuaden secretamente, y derramándoles su ponzoña poco á poco por los pechos, las inficionan y pierden. Porque así como en la ciudad, perdido el alcázar de ella, y puesto en las manos de los enemigos, toda ella es perdida; así ganado una vez, quiero decir, perdido el corazón, y aficionado á los vicios, y embeleñado con ellos, no hay cerradura tan fuerte, ni centinela tan veladora y despierta que baste á la guarda. Pero esto es de otro lugar, aunque la necesidad, ó el estrago, que el uso malo introducido más agora que nunca, hace en las gentes, hace también que se pueda tratar de ello á propósito en cualquiera lugar.

Mas dejándolo agora, espántome, Juliano, que me preguntéis quién es el común amigo que dije; pues no podéis olvidaros, que aunque cada uno de nosotros dos tenemos amistad con muchos amigos, uno solo tenemos que la tiene conmigo y con vos casi en igual grado: porque á mí me ama como á sí, y á vos en la misma manera como yo os amo, que es muy poco menos que á mí.—Razón tenéis, respondió Juliano, en condenar mi descuido: y ya entiendo muy bien por quién decís. Y pues tendréis en la memoria algunos otros Salmos de los que ha puesto en verso aqueste amigo nuestro, mucho gustaría yo, y Sabino gustará de ello, si no me engaño, también, que en los lugares que se os ofrecieren de

aquí adelante uséis de ellos, y nos los digáis.—Sabino, respondió Marcelo, no sé yo si gustará de oír lo que sabe: porque como más mozo, y más aficionado á los versos, tiene aquí casi en la lengua estos Salmos que pedís. Pero haré vuestro gusto, y aun Sabino podrá servir de acordármelos, si yo me olvidare, como será posible olvidarme. Así que él me los acordará, ó si más le pluguiere, dirálos él mismo, y aun es justo que le plega, porque lo sabrá decir con mejor gracia. De esto postrero se rieron un poco Juliano y Sabino. Y diciendo Sabino que lo haría así, y que gustaría de hacerlo, Marcelo tornó á seguir su razón, y dijo:

Decíamos, pues, que este sagrado monte, conforme á lo del Salmo, era fértil señaladamente. Y probamos su grosura por la muchedumbre, y por la grandeza de las mieses que de él han nacido. Y referimos que David (Ps. LXXI, v. 16), hablando de ellas, decía que de un puño de trigo esparcido sobre la cumbre del monte serían el fruto y cañas que nacerían de él tan altas y gruesas, que igualarían á los cedros altos del Líbano. De manera que cada caña y espiga sería como un cedro, y todas ellas vestirían la cumbre de su monte, y meneadas del aire ondearían sobre él como ondean las copas de los cedros y de los otros árboles soberanos de que el Líbano se corona. En lo cual David dice tres cualidades muy señaladas. Porque lo uno dice, que son mieses de trigo, cosa útil y necesaria para la vida; y no árboles más vistosos en rama y hoja, que provechosos en fruto, como fueron los antiguos filósofos, y los que por su sola industria quisieron alcanzar la virtud. Y lo otro afirma, que estas mieses, no sólo por ser trigo son mejores, sino en alteza también son mayores mucho que la arboleda del Líbano. Que es cosa que se ve por los ojos, si cotejamos la grandeza de nombre que dejaron después de sí los sabios y grandes del mundo, con la honra merecida que se da en la Iglesia á los santos, y se les dará siempre, floreciendo cada día más, en cuanto el mundo durare. Y lo tercero, dice, que tiene origen aqueste fruto de muy pequeños principios, de un puñado de trigo sembrado sobre la cumbre de un monte, adonde de ordinario crece el trigo mal: porque ó no hay tierra sino peña en la cumbre, ó si la hay, es tierra muy flaca, y el lugar muy frío, por razón de su alte-

za. Pues esta es una de las mayores maravillas que vemos en la virtud que nace, y se aprende en la escuela de Cristo, que de principios al parecer pequeños, y que casi no se echan de ver, no sabréis cómo, ni de qué manera nace y crece, y sube en brevísimo tiempo á incomparable grandeza.

Bien sabemos todos lo mucho que la antigua filosofía trabajó por hacer virtuosos los hombres, sus preceptos, sus disputas, sus revueltas cuestiones; y vemos cada hora en los libros la hermosura y el dulzor de sus escogidas y artificiosas palabras: mas también sabemos, con todo aqueste aparato suyo, el pequeño fruto que hizo, y cuán menos fué lo que dió, de lo que se esperaba de sus largas promesas. Mas en Cristo no pasó así. Porque si miramos lo general, del mismo que se llama, no muchos granos, sino un grano de trigo muerto, y de doce hombres bajos y simples, y de su doctrina, en palabras tosca, y en sentencias breve, y al juicio de los hombres amarga, y muy áspera, se hinchó el mundo todo de incomparable virtud: como dirémos después en su propio y más conveniente lugar. Y por semejante manera, si ponemos los ojos en lo particular que cada día acontece en muchas personas; quién es el que lo considera que no salga de sí? El que ayer vivía como sin ley, siguiendo en pos de sus deseos sin rienda, y que estaba ya como encallado en el mal; el que servía al dinero, y cogía el deleite, soberbio con todos, y con sus menores soberbio y cruel; hoy con una palabra que le tocó en el oído, y pasando de allí al corazón, puso en él su simiente tan delicada y pequeña, que apenas él mismo la entiende, ya comienza á ser otro, y en pocos días, cundiendo por toda el alma la fuerza secreta del pequeño grano, es otro del todo, y crece así en nobleza de virtud y buenas costumbres, que la hojarasca seca que poco antes estaba ordenada al infierno, es ya árbol verde y hermoso lleno de fruto y de flor, y el león es oveja ya, y el que robaba lo ajeno, derrama ya en los ajenos sus bienes; y el que se revolcaba en la hediondez esparce al derredor de sí, y muy lejos de sí, por todas partes la pureza del buen olor.

Y como dije, si tornando al principio, comparamos la grandeza de aquesta planta, y su hermosura, con el pequeño grano de donde nació, y con el breve tiempo que ha venido á ser

tal; verémos en extraña pequeñez, admirable y no pensada virtud. Y así Cristo, en unas partes (1) dice, que es como el grano de mostaza, que es pequeño y trasciende: y en otras (Matth. c. XIII, vv. 45, 46.) se asemeja á perla oriental, pequeña en cuerpo, y grande en valor: y parte hay (2) donde dice, que es levadura, la cual en sí es poca, y parece muy vil; y escondida en una gran masa, cuasi súbitamente, cunde por ella toda, y la inficiona. Excusado es ir buscando ejemplos en esto, adonde la muchedumbre nos puede anegar. Mas entre todos es clarísimo el del apóstol San Pablo (Act. Apost. c. VII, y IX.), á quien hacemos hoy fiesta. Quién era, y quién fué? y cuán en breve, y cuán con una palabra se convirtió de tinieblas en luz, y de ponzoña en árbol de vida para la iglesia?

Pero vamos más adelante. Añade David: *Monte cuajado*. La palabra original quiere decir el queso, y quiere también decir lo corcobado, y propiamente y de su origen significa todo lo que tiene en sí algunas partes eminentes é hinchadas sobre las demás que contiene. Y de aquí el queso, y lo corcobado se llama con aquesta palabra. Pues juntando esta palabra con el nombre de monte, como hace David aquí, y poniéndola en el número de muchos, como está en el primero texto, suena, como leyó San Agustín (3), *monte de quesos*; ó como trasladan agora algunos, *monte de corcobas*, y de la una y de la otra manera viene muy bien. Porque en decir lo primero, se declara y especifica más la fertilidad de este monte. El cual no solo es de tierra gruesa y aparejada para producir mieses, sino también es monte de quesos, ó de cuajados, esto es, significando por el efecto la causa, monte de buenos pastos para el ganado, digo monte bueno para pan llevar, y para apacentar ganados no menos bueno. Y como dice bien San Agustín (4), el pan y la grosura del monte que le produce, es el mantenimiento de los perfectos: la leche que se cuaja en el queso, y los pastos que la crian, es el propio manjar de los que comienzan en la virtud, como dice San Pablo (1. ad Cor. c. III, v. 2.):

(1) Matth. c. XIII, v. 31; Marc. c. IV, v. 30, 31; Luc. XIII, 18, 19.

(2) Matth. c. XIII, v. 33; Luc. XIII, 21.

(3) In Ps. CXVIII, Serm. XVII, n. 8. et in Ps. LXVII, vv. 22, 23. t. IV.

(4) Enarrat. in Psalm. CXXXI, v. 24. tom. IV.

Como á niños os dá leche, y no manjar macizo. Y así conforme á esto se entiende, que este monte es general sustento de todos, así de los grandes en la virtud con su grosura, como de los recién nacidos en ella, con sus pastos y leche.

Mas si decimos de la otra manera, *monte de corcobas*, ó de hinchazones, dícese una señalada verdad. Yes, que como hay unos montes que suben seguidos hasta lo alto, y en lo alto hacen una punta sola y redonda; y otros que hacen muchas puntas, y que están como compuestos de muchos cerros: así Cristo no es MONTE como los primeros, eminente y excelente en una cosa sola, sino MONTE hecho de MONTES, y una grandeza llena de diversas é incomparables grandezas, y como si dijésemos, MONTE que todo ÉL es MONTES: *para que*, como escribe divinamente San Pablo (Ad Colos. c. I, v. 18.), *tenga principado y eminencia en todas las cosas*. Dice más: *Qué sospechais, MONTES de cerros? este es el MONTE que Dios escogió para su morada: y ciertamente el Señor mora en ÉL para siempre*. Habla con todo lo que se tiene á sí mismo por alto, y que se opone á Cristo, presumiendo de traer competencias con ÉL, y díceles: *Qué sospecháis? ó como en otro lugar San Jerónimo (In Ps. LXVIII, juxta Hebr.) puso, qué pleiteáis; ó qué peleáis contra este MONTE? Y es como si más claro dijese: Qué presunción, ó qué pensamiento es el vuestro, oh montes, cuanto quiera que seáis, según vuestra opinión, eminentes, de oponeros con este MONTE, pretendiendo ó vencerle, ó poner en vosotros lo que Dios tiene ordenado de poner en él, que es su morada perpétua? Como si dijese, muy en balde, y muy sin fruto os fatigáis. De lo cual entendemos dos cosas. La una, que este MONTE es envidiado y contradecido de muchos montes; y la otra, que es escogido de Dios entre todos.*

Y de lo primero que toca á la envidia y contradicción, es, como si dijésemos, hado de Cristo, el ser siempre envidiado: que no es pequeño consuelo para los que le siguen, como se lo pronosticó el viejo Simeón, luego que lo vió niño en el templo, y hablando con su madre lo dijo (Luc. c. II, v. 34.): *Ves este niño, será caída y levantamiento para muchos en Israel, y como blanco á quien contradirán muchos*. Y el Salmo segundo en este mismo propósito (Ps. II, vv. 1, 2.): *Por qué, dice, bramarán las gentes, y los pueblos trataron consejos vanos? Pusió-*

ronse los reyes de la tierra, y los príncipes se hicieron á una contra el Señor, y contra su Cristo. Y fué el suceso bien conforme al pronóstico, como se pareció en la contradicción que hicieron á Cristo las cabezas del pueblo hebreo por todo el discurso de su vida, y en la conjuración que hicieron entre sí para traerle á la muerte. Lo cual si se considera bien, admira mucho sin duda. Porque si Cristo se tratara como pudo tratarse, y conforme á lo que se debía á la alteza de su persona; si apeteciera el mando temporal sobre todos, ó si en palabras, ó si en hechos fuera altivo y deseoso de enseñorearse; si pretendiera no hacer bienes, sino enriquecerse de bienes, y sujetando á las gentes, vivir con su sudor y trabajo de ellas, en vida de descanso abundante; si le envidiaran, y si se le opusieran muchos, movidos por sus intereses: ninguna maravilla fuera, antes fuera lo que cada día acontece. Mas siendo la misma llaneza, y no anteponiéndose á nadie, ni queriendo derrocar á ninguno de su preminencia y oficio, viviendo sin fausto, y humilde, y haciendo bienes jamás vistos generalmente á todos los hombres; sin buscar, ni pedir, ni aun querer recibir por ello, ni honra, ni intereses; que le aborreciesen las gentes, y que los grandes desamasen á un pobre, y los potentados y pontificados á un humilde bienhechor, es cosa que espanta.

Pues acabose esta envidiosa oposición con su muerte, y á sus discipulos de Él, y á su doctrina no contradijeron después; ni se opusieron con ellos los hombres? Lo que fué en la cabeza, eso mismo aconteció por los miembros. Y como Él mismo lo dijo (Joan, xv, v. 20.): *No es el discípulo sobre el maestro: si me persiguieron á Mí, también os perseguirán á vosotros.* Así puntualmente les aconteció con los emperadores, y con los reyes, y con los príncipes de la sabiduría del mundo. Y por la manera que nuestra bienaventurada luz, debiendo según toda buena razón ser amado, fué perseguido, así á los suyos, y á su doctrina, con quitar todas las causas y ocasiones de envidia y de enemistad, les hizo toda la grandeza del mundo enemiga cruel. Porque los que enseñaban, no á engrandecer las haciendas, ni á caminar á la honra y á las dignidades, sino á seguir el estado humilde, y ajeno de envidia, y á ceder de su propio derecho con todos, y á empobre-

cerse á sí para el remedio de la ajena pobreza, y á pagar el mal con el bien, y los que vivían así, como lo enseñaban, hechos unos públicos bienhechores; quién pensara jamás que pudieran ser aborrecidos y perseguidos de nadie? ó cuando lo fueran de alguno, quién creyera que lo habían de ser de los reyes, y que el poderío y grandeza había de tomar armas, y mover guerra contra una tan humilde bondad? Pero era aquesta la suerte que dió á este MONTE Dios para mayor grandeza suya.

Y aun si queremos volver los ojos al principio, y á la primera origen de aqueste aborrecimiento y envidia; hallaremos, que mucho antes que comenzase á ser Cristo en la carne, comenzó aqueste su odio: y podremos venir en conocimiento de su causa de él en esta manera. Porque el primero que le envidió y aborreció fué Lucifer, como lo afirma, y muy conforme á la doctrina verdadera, el glorioso Bernardo (1): y començóle á aborrecer luego que habiéndoles á él y á algunos otros ángeles revelado Dios alguna parte de este su consejo y misterio, conoció que disponía Dios de hacer príncipe universal de todas las cosas á un hombre. Lo cual conoció luego al principio del siglo, y antes que cayese, y cayó por aventura por aquesta ocasión. Porque volviendo los ojos á sí, y considerando soberbiamente la perfección altísima de sus naturales, y mirando juntamente con esto el singular grado de gracias y dones, de que le había dotado Dios, más que á otro ángel alguno; contento de sí, y miserablemente desvanecido, apeteció para sí aquella excelencia, y de apetecerla vino á no sujetarse á la orden y decreto de Dios, y á salir de su santa obediencia, y á trocar la gracia en soberbia; por donde fué hecho cabeza de todo lo arrogante y soberbio, así como lo es Cristo de todo lo llano y humilde. Y como del que en la escalera bajando pierde algún paso, no pára su caída en un escalón, sino de uno en otro llega hasta el postrero cayendo; así Lucifer de la desobediencia para con Dios cayó en el aborrecimiento de Cristo, concibiendo contra Él, primero envidia, y después sangrienta enemistad: y de la enemistad nació en él

(1) In Cantica, Serm. xvii, núm. 5.

absoluta determinación de hacerle guerra siempre con todas sus fuerzas.

Y así lo intentó primero en sus padres, matando y condenando en ellos cuanto fué en sí, toda la sucesión de los hombres, y después en su persona misma de Cristo, persiguiéndole por sus ministros, y trayéndole á muerte: y de allí en los discípulos y seguidores de Él, de unos en otros, hasta que se cierran los siglos, encendiendo contra ellos á sus principales ministros, que es á todo aquello que se tiene por sabio y por alto en el mundo. En la cual guerra y contienda, peleando siempre contra la flaqueza el poder, y contra la humildad la soberbia, y la maña, y la astucia contra la sencillez y bondad; al fin quedan aquellos vencidos, pareciendo que vencen. Y contra este enemigo propiamente endereza David las palabras de que vamos hablando. Porque á este ángel, y á los demás ángeles que le siguieron, en tantas maneras de naturales y graciosos bienes enriscados é hinchados, llama aquí, *corcobados*, y *enriscados montes*, ó por decirlo mejor, *montes montuosos*, y á estos les dice así: Por qué, oh montes soberbios, ó envidiáis la grandeza del hombre en Cristo, que os es revelada; ó sospecháis que se debía esta gloria á vosotros; ó que será parte vuestra condición para quitársela? que yo os hago seguros, que será vano este trabajo vuestro, y que redundará toda aquesta pelea en mayor acrecentamiento suyo; y que por mucho que os empinéis, Él pisará sobre vosotros, y la divinidad reposará en Él dulce y agradablemente por todos los siglos sin fin.—

Y habiendo dicho Marcelo aquesto, callóse: y luego Sabino, entendiendo que había acabado, y desplegando de nuevo el papel, y mirando en él, dijo: Lo que se sigue agora es asaz breve en palabras; mas sospecho que en cosas ha de dar bien que decir, y dice así:

§. VIII.

Llámase Cristo PADRE DEL SIGLO FUTURO, y explicase el modo con que nos engendra en hijos suyos.

El sexto nombre es PADRE DEL SIGLO FUTURO. Así le llama Isaias en el capítulo nueve, diciendo (Isai. c. IX. v. 6.): Y será llamado PADRE DE SIGLO FUTURO.

Aún no me había despedido del monte, respondió Marcelo entónces; mas pues Sabino ha pasado adelante, y para lo que me quedaba por decir habrá por ventura después otro mejor lugar, sigamos lo que Sabino quiere. Y dice bien, que lo que agora ha propuesto es breve en palabras, y largo en razón: á lo ménos, si no es largo, es hondo y profundo, porque se encierra en ello una gran parte del misterio de nuestra redención. Lo cual, si como ello es, pudiese caber en mi entendimiento, y salir por mi lengua vestido con las palabras y sentencias que se le deben; ello solo hinchiría de luz y de amor celestial nuestras almas. Pero confiados del favor de Jesucristo, y ayudándome en ello vuestros santos deseos, comencemos á decir lo que Él nos diere, y comencemos de esta manera.

Cierta cosa es, y averiguada en la santa Escritura, que los hombres, para vivir á Dios, tenemos necesidad de nacer segunda vez, demás de aquella que nacemos cuando salimos del vientre de nuestras madres. Y cierto es que todos los fieles nacen este segundo nacimiento, en el cual está el principio y origen de la vida santa y fiel. Así lo afirmó Cristo á Nicodemus, que siendo maestro en la ley, vino una noche á ser su discípulo. Adonde como por fundamento de la doctrina que le había de dar, presupuso esto diciendo (Joan. cap. III, v. 3.) *Ciertamente te digo, que ningún hombre, si no torna á nacer segunda vez, no podrá ver el reino de Dios.* Pues por la fuerza de los términos correlativos, que entre sí se responden, se sigue muy bien, que donde hay nacimiento, hay hijo; y donde hijo, hay también padre. De manera que si los fieles, naciendo de nuevo, comenzamos á ser nuevos hijos; tenemos